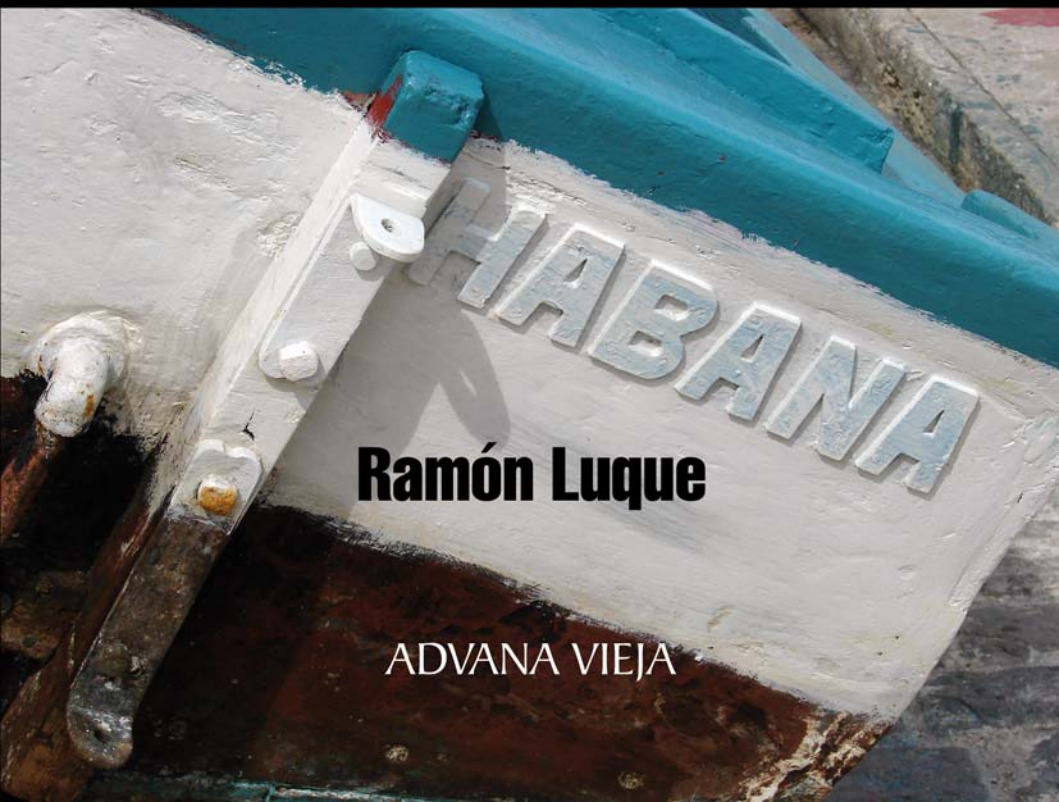


Última novela: **CUBA**

30 años del Mariel

Edición especial - 2020
#EnCasaconCasaCuba



Ramón Luque

ADVANA VIEJA

Última novela:
CUBA

30 AÑOS DEL MARIEL

Ramón Luque

ADVANA VIEJA

Última novela: Cuba. 30 años del Mariel

© Ramón Luque

© Reservados todos los derechos a favor de: Aduana Vieja Editorial,
Valencia, 2010.

Cubierta: © Fotografía Publiberia.

Aduana Vieja Editorial
www.aduanavieja.com

Edición especial, no venal, para CasaCuba (FIU), cortesía de la editorial
y del autor. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio,
salvo autorización por escrito de la editorial.

Impreso en España por:
Publiberia: Libros bajo demanda.

Índice

Escribir puede costarte la vida	13
Miami	14
La FNAC	16
Mariel	18
Los cuentos	20
Reinaldo.....	22
Julian Schnabel y Javier Bardem	24
Los hermanos Abreu.....	26
Contacto	28
Gestiones.....	30
Dile adiós a la Virgen	33
Segundo viaje a Miami	36
La Embajada	39
La vida en Cuba	41

La Embajada	43
Tratar de escapar.....	46
La Embajada	48
Steiner.....	51
Solo en la Isla	53
Armando y Rodolfo.....	57
La soledad del exilio	61
La beca.....	65
Steiner.....	67
Tercer viaje a Miami.....	68
El éxodo del Mariel: Luis de la Paz	69
En USA.....	74
Puentes.....	80
Rodolfo	84
Otro puente	86
Cerveza	91
Trozos de la vida americana	96
Regreso.....	98
Infierno	100

Historias de la mili	106
Cementerio	108
Hialeah	111
Divagaciones	114
Ser un escritor	115
Suicida	119
Ausentes	123
Vida en Cuba	128
Comte-Sponville	132
Henry Miller	136
Última novela: Cuba	137
Última novela: Cuba	140
<i>Bibliografía</i>	145
<i>Sobre los escritores</i>	147
<i>Fotografías</i>	151

Dile adiós a la Virgen

Todo fue muy rápido. Juan Abreu me dio el mail de su hermano José en Miami, le escribí y me respondió que muy bien, que allí me esperaba. Le comenté que en un par de meses estaría allí. José Abreu se ganaba la vida trabajando como periodista en la edición en español del *Miami Herald*. Decidí leer algo de él y me compré una novela suya titulada *Dile adiós a la Virgen*.

Era mayo de 2005 y en aquella fecha tenía lugar la Feria del Libro en Madrid. Me fui al Retiro, eché un vistazo y comprobé cómo aquellos libros, escritos por autores del Mariel, parecían ciertamente editados con amor. La presencia que tenían era muy elegante: un diseño muy atractivo sin llegar a ser ostentoso, y llamativo sin caer en lo kitsch.

Entre aquellos libros me encontré, en efecto, con *Dile adiós a la Virgen*.

Esa novela cuenta la historia de Octavio, un hombre perseguido por el Gobierno cubano, que no deja de espiarlo y de hacerle la vida imposible, sencillamente por ser diferente: ¿por ser escritor?, ¿por ser homosexual? A Octavio le arrebatan el pasaporte justo antes de intentar partir de la Isla. Sus padres

sí que consiguen exiliarse en España. Octavio vagabundea por La Habana y trata de sobrevivir como puede: el sexo y el cine parecen salvarlo. Pero no es suficiente. Él sueña con irse de allí de una vez por todas.

Encuentro en *Dile adiós a la Virgen* un párrafo que puede ser significativo para entender a estos extraños escritores llamados marielitos. El narrador cuenta un viaje a Madrid en compañía de Octavio, el protagonista, quien finalmente logra huir de Cuba. Visitan el Prado y luego van también al Escorial y a Toledo:

Fui demasiado feliz (me atrevería a decir que fuimos), y eso a la larga es una fatalidad. Tampoco quiero que esto se convierta en un mamotreto interminable, no es mi objetivo. De cualquier forma es inútil cualquier cosa que haga, lo que para mí o para él constituyó la razón de la existencia, para los demás, en el mejor de los casos, es literatura. Cierta habilidad para narrar una historia con mayor o menor acierto, unos cuantos recursos usados hasta la saciedad, la búsqueda de ciertos paralelismos cómplices que tranquilicen la conciencia, y poco más. Pero a mí eso no me importa en absoluto, lo que interesa es mi sangre, mi leche y mierda fundidas con las suyas. Si algo de eso queda (al menos el olor) me sentiré satisfecho.⁴

Vida y literatura, literatura y vida. La historia y los recursos narrativos son importantes. ¿Pero no lo es más la sangre, la leche y la mierda?

⁴ ABREU, 2003: 247.

En este universo mental me encontraba yo, cuando en junio lo tenía todo listo para partir de nuevo rumbo a Miami.

Segundo viaje a Miami

Como no quería perder energía y tiempo en lograr una de esas ayudas universitarias a la investigación (que suelen ser un laberinto burocrático muy disuasorio), yo mismo me financié el viaje a Miami. En realidad, sólo pasaría dos noches en la ciudad. El resto del tiempo estaría en Naples, a una hora y media de Miami, donde vivía mi amiga Lorraine con su marido y sus dos hijas.

Nada más aterrizar, me alojé en el Hilton, cercano al aeropuerto, y desde allí llamé a José Abreu.

-Si le parece bien, Luis de la Paz y yo nos presentaremos allí mañana a las 11:00.

Al día siguiente, una vez desayunado y vestido, me asomé a la ventana de la habitación y vi, diez pisos más abajo, cómo entraban en el edificio dos hombres de mediana edad, algo orondos y con paso decidido.

Seguro que son ellos, pensé. Y bajé a recibirlos.

Abreu era mayor. Más gordo y más corpulento, rozaría los sesenta años. Poco pelo y el que le quedaba, canoso. Gafas que

no ocultaban una mirada cansada y misteriosa. Escrutadora. Grandes mofletes, gran papada y casi siempre con un cigarrillo en la mano que parecía darle placer pero no buena vida. Te transmitía en el acto la sensación de encontrarte delante de un gran oso herido, una fiera derrotada y desconfiada de la vida. Sin embargo, su dulce acento caribeño suavizaba toda esta impresión.

Luis, más joven, rondaría los cuarenta y muchos. Dotado de una prominente barriga que evidenciaba su gusto por la buena comida, De la Paz tenía el rostro juvenil de un hombre lleno de energía y de cierta inocencia. Una cabeza rectangular, un ojo bizco y un rostro que parecía el de un viejo centurión romano ya retirado. Luis era impetuoso y, en cuanto hablaba, se le notaba apasionado. Tenía un toque escéptico, como Abreu, pero no parecía tan derrotado. Movía con rapidez sus manos, sus extremidades: era más expresivo.

Tras unas frases cordiales de rigor, empecé a entrevistarlos:

-¿Qué es exactamente el éxodo del Mariel?

-Podríamos decir que el Mariel fue el resultado de una serie de eventos que estaban ocurriendo en la Isla desde 1978. Antes, en 1975, el Gobierno cubano cerró la salida de personas desde la Isla: nadie podía irse y nadie podía entrar. Eso desató lógicamente una gran incomodidad en la población, con muchos problemas familiares, con personas separadas traumáticamente de su patria y de sus seres queridos. Ello motivó que años después, entre el Gobierno de Cuba y la comunidad del exilio en Miami, se realizara lo que se conoció como el "diálogo" del 78. Se celebró un encuentro en La Habana. El resultado más importante de aquello fue, de una lado, la liberación de un notable número de presos por

parte del régimen castrista, y de otro, el permiso que se concedió a gran número de exiliados cubanos para que volvieran a la isla con objeto de visitar a sus familiares. Cuando comienzan esas visitas, allá por 1979, se produce una gran conmoción interna. Porque, por un lado, los que estábamos en Cuba, envilecidos y de alguna manera desconectados de la realidad, descubrimos de repente, que lo que nos habían contado sobre la vida del cubano en los Estados Unidos, en el sentido de que era espantosa y humillante para el exiliado, que éste era constantemente ultrajado y discriminado, no era del todo cierto. Porque los que estábamos en la Isla pudimos comprobar cómo el compatriota que se había ido literalmente con una mano delante y una mano detrás, regresaba a Cuba como un gran triunfador, cargado de regalos para su familia y contando anécdotas e historias de viajes, de bienestar, de casas con todo tipo de lujos y comodidades... cosas materiales todas ellas, pero que a la postre son las que interesan a la mayoría de las personas: vivir mejor, simplemente. Tras estas visitas, comenzaron a producirse una serie de intentos para salir de la Isla. ¿Cómo lo hacían? Asaltar una embajada era uno de los métodos más utilizados.

La Embajada

Era el 1 de abril de 1980, un día normal en la ciudad de La Habana, si es que allí podía hablarse de “días normales”. Cerca de las tres de la tarde uno más de los numerosos y bastante deteriorados autobuses urbanos atraviesa las calles de la capital caribeña.

Sólo que el conductor de un autobús en particular, que en ese momento recorre la elegante zona de Miramar, parece un hombre desesperado y a la vez decidido. No aguanta su vida en Cuba.

Él quiere marcharse.

Y no se le ocurre sino estrellar el autobús contra las verjas de la Embajada de Perú. Logra entrar en el recinto y el vehículo se planta en medio del jardín. Se forma un tumulto. Intervienen guardias cubanos que custodiaban el edificio. Por accidente, uno de ellos muere al dispararse accidentalmente el arma de un compañero.

El conductor del autobús baja, y corriendo, se acerca a la entrada del edificio donde le espeta a la primera persona que encuentra:

-¡Reclamo asilo político!

Le sigue el resto de pasajeros del autobús. Hombres, mujeres con niños, ancianos que no tenían la más remota idea de que aquello iba a suceder. Apenas era un grupo de quince personas.

-¡Reclamo asilo político!

-¡Reclamo asilo político!

-¡Reclamo asilo político!

Detrás del mostrador la recepcionista queda paralizada.

En el exterior se oyen gritos y sirenas.

La vida en Cuba

Seguimos con la entrevista en el Hilton Airport.

Abreu y Luis me cuentan cómo era su vida en La Habana durante los años setenta, aquella época en la que se reunían con Reinaldo Arenas en el Parque Lenin.

Dice Abreu que entonces la policía cubana podía detenerlos por llevar el pelo largo o por calzar unas sandalias. Que ellos escribían “para la gaveta”, es decir, para el cajón. No tenían ninguna, absolutamente ninguna esperanza de publicar allí.

Luis me dice: *Escribir e intentar publicar en Cuba era someterse a los dictámenes del régimen, y más en aquellos años setenta, cuando yo comencé a escribir, donde se imponía el realismo socialista: había que cantar loas al régimen o, de lo contrario, no estabas en el juego. Si no estabas en el juego de la Revolución, no eras una persona bienvenida. Como escritor, incluso tratar de ir intercalando entre las loas alguna visión un poco crítica, era problemático y podría traer graves consecuencias: persecución política o la pérdida de tu trabajo o la cárcel...De hecho todo eso le ocurrió a muchas personas. Entonces, mi política era la siguiente: “No tengo problema. Yo voy a ir escribiendo, lo voy guardando y en algún momento se publicará. Si revienta aquí adentro y*

no puedo salir antes de este país, cuando el régimen cambie, algún día alguien se encargará de conservar esos papeles...” Al final ocurrió lo que ocurrió: me exilié y finalmente pude publicar mis libros. De manera que siempre fue una literatura underground, clandestina, en condiciones tan adversas... siempre mirando al vecino, que no escuchara cómo tecleabas en la máquina de escribir. Teníamos que poner la radio a todo volumen para que no nos oyeran. Si no, el vecino podía oírte y minutos después aparecer la policía en tu casa para preguntarte qué estabas escribiendo. Era todo bastante complicado, la verdad. Sin embargo, teníamos el estímulo de que nos reuníamos, éramos un grupo cerrado, pequeño, compartíamos las cosas que escribíamos y nos reconfortábamos literaria y emocionalmente los unos a los otros.

Abreu: Porque hay una cosa que es muy clara: si escribir es una confrontación de uno con uno mismo, y si para escribir también, aparte de para vivir, hay que ponerse una máscara... ¿Adonde íbamos a ir a parar? No había opción. O te ponías la máscara y escribías para ser aceptado por el gobierno de turno, o escribías lo que a ti te daba la gana, como a ti te daba la gana y siendo como a ti te daba la gana y te lo guardabas para intentar publicarlo el día de mañana, siempre escondiéndolo muy bien, desde luego, porque había registros y todo eso.

Abreu me confirma que muchas de las peripecias de Octavio en su novela *Dile adiós a la Virgen* son autobiográficas: en 1980, cuando Abreu lo tiene todo preparado para marcharse a España, la policía cubana le retira el pasaporte. Se queda solo en la Isla, sobreviviendo y vagabundeando sin trabajo durante tres años...

La Embajada

Un libro fascinante que tengo en mis manos es *Los días de la Embajada*, escrito por Alejandrín del Valle. Alejandrín es un marielito, pero no exactamente un escritor, sino un técnico que trabaja actualmente para Volkswagen en West Palm Beach, Florida, no muy lejos de Miami. Sin embargo el libro está escrito con una pasión, una intensidad y una claridad que no puedes dejar de leerlo.

El 2 de abril de 1980, un día después del incidente de la Embajada de Perú, el Gobierno cubano construyó barricadas frente a las puertas del recinto para prevenir que nadie más intentara entrar allí. Representantes de Castro contactaron con la Embajada e intentaron convencerlos de que les entregaran a los refugiados. Siguiendo indicaciones del Gobierno peruano, la Embajada comunicó que no los entregarían.

Según cuenta Alejandrín en *Los días de la Embajada*, el tres de abril, en las páginas del *Granma*, el principal periódico de Cuba, totalmente controlado por el gobierno, apareció escrito lo siguiente:

Las personas que cometan actos violentos para obtener asilo en una sede diplomática no obtendrán ningún sal-

voconductor para salir de Cuba... No podemos proteger a las embajadas que no cooperen en su protección; por lo tanto, hemos sacado a todos los guardianes que protegían a la Embajada de Perú.

La Embajada, sin protección.

La noticia corrió como la pólvora. Sin duda fue un enorme error de cálculo por parte de Castro. Aquello no hizo más que acrecentar la crisis.

Alejandrín fue uno de los miles de cubanos que logró entrar en la Embajada en los días siguientes:

De donde estábamos podíamos observar a la gente en el patio y terrenos de la Embajada. También notamos que un grupo de policías había acordonado un área próxima a la cerca. Poco a poco, la multitud, que ahora sumaba millares, empezó a acercarse a la Cancillería peruana. Inútilmente la policía trató de detener a esta masa humana. Era la primera vez en mi vida que veía tal enfrentamiento a la autoridad.⁵

Cuenta Alejandrín que se oyeron algunos disparos y que varias personas resultaron heridas, pero aquello no detuvo el avance. La gente llegaba a la cerca y la policía sencillamente no podía detenerla sin causar una masacre. Justo cuando quedaban tan sólo unos metros, Alejandrín, junto a un amigo, notó que le golpeaban por detrás y le desgarraban las ropas. Agentes del gobierno se habían mezclado entre ellos y trataban de alboro-

⁵ DEL VALLE, 2007: 24, 25.

tar, provocar una pelea. Pero finalmente, la muchedumbre los empujó hacia el interior de la Embajada.

Lo había conseguido.

Tratar de escapar

José Abreu es un marielito particular. Él mismo se define humorísticamente como “marielito aéreo”, ya que no salió desde el puerto del Mariel en barco, como sí hicieron otros, como por ejemplo sus hermanos Juan y Nicolás, o Luis de la Paz, o el mismo Reinaldo.

Abreu no pudo meterse en ninguno de aquellos barcos. Se apuntó, desde luego, hizo el corto trayecto que concluía en una pequeña mesa junto al puerto.

Un camino rodeado a ambos lados por decenas de personas que las autoridades cubanas habían reclutado en centros de trabajo, escuelas y otros lugares, dedicadas a insultar, escupir y tirar piedras a todo aquel que se atreviera a pasar por allí, a todo aquel que se atreviera a poner en solfa el paraíso caribeño y dar a entender: “yo también quiero largarme de aquí”.

En compañía de sus padres, aterrorizados, José atravesó aquel vía crucis de unos cien metros, con el objetivo de apuntarse en la larga lista de personas que saldrían por allí, el Mariel, con destino a Cayo Hueso, Florida. A la vuelta le dieron a todos una tarjeta que ponía: “antisocial”, junto a un número.

Hacer esa cola y conseguir una tarjeta como aquélla significó para José, al igual que para el resto, que lo echaran de su puesto de trabajo (era profesor) y le requisaran su libreta de abastecimiento de alimentos. Lo único que podía hacer ahora era sobrevivir en La Habana y esperar a que lo llamaran para embarcar.

Pero aquel momento nunca llegó.

Avisaron a Luis de la Paz, avisaron a Juan Abreu, a Nicolás Abreu, y todos ellos pudieron partir con destino a Florida.

En la Isla quedaron atrapados, José Abreu y sus padres, junto a la mujer y la hija de Juan Abreu.

La Embajada

-¡Libertad, libertad, libertad!

La muchedumbre entró en la Embajada y comenzó a gritar victoriosa.

Pero ese espacio era muy pequeño: apenas diez mil metros cuadrados que acabarían acogiendo a más de diez mil personas: hombres, mujeres, niños, ancianos.

Los responsables de la Embajada no podían dar abasto, ni siquiera atenderles en condiciones mínimamente dignas. El Gobierno cubano cortó todos los suministros. El 6 de abril, las autoridades de la Isla vuelven a enviar guardias a las puertas del recinto. Se levantan más barricadas para impedir completamente la comunicación entre el interior de la Embajada y la calle. Nadie puede entrar y nadie puede salir de allí.

Unos días más tarde los ministros de asuntos exteriores de distintos países latinoamericanos, los pertenecientes al denominado “Pacto Andino”, se reúnen en Perú en una sesión de emergencia. Analizan la situación de las personas refugiadas en la Embajada. Piden ayuda a más países para que traten de dar asilo en sus territorios a estas personas.

En su libro, Alejandrín cuenta cómo los rumores sobre todas estas negociaciones iban extendiéndose poco a poco entre los refugiados. Éstos aguantaban como podían y con problemas de todo tipo: apenas comían, sufrían deshidratación y las condiciones higiénicas empeoraban rápidamente. Se corrió la voz de que Estados Unidos iba a permitir el traslado de algunos de ellos a territorio norteamericano. Se comentaba que también España se ofrecía, y otros países como Costa Rica. No había nada confirmado, pero aquellos rumores ofrecían un sueño, un atisbo de esperanza. Entre miles de los refugiados se empezaba a corear de nuevo, con voces débiles pero decididas:

-¡Libertad, libertad, libertad!

Días más tarde se confirma que algunos cientos de refugiados saldrían de allí inmediatamente en una serie de vuelos a Costa Rica.

Mientras, las autoridades cubanas habían ofrecido a los refugiados la posibilidad de acogerse a un salvoconducto para salir de allí. Luego no tendrían más que esperar en sus domicilios los visados para abandonar la Isla. No habría represalias contra nadie a excepción del grupo que originó el primer incidente, en el que murió un guardia. Había dudas, temores y desconfianza en el interior de la Embajada. Miles de personas acabaron acogiendo a estos salvoconductos que, en muchos casos resultaron ser artimañas por parte de las autoridades para sacar gente del recinto.

Entre los que quedaban dentro, algo más de dos mil personas, cundía el desánimo. Los vuelos de evacuación a Costa Rica se habían suspendido por orden directa de Fidel Castro. Días más tarde, varios países empezaron a presionar a Castro para

que se reanudaran los vuelos. Las condiciones, en el interior de la Embajada, eran cada vez más desesperadas. Muchos se rendían y acababan saliendo, poniéndose a disposición de la policía cubana.

Fue entonces cuando sucedió el éxodo del Mariel.

Steiner

De entre los libros de mi biblioteca tengo uno, muy pequeño pero muy interesante que tiene el pomposo título de *La barbarie de la ignorancia*. Se trata de una entrevista que el periodista cultural Antoine Spire hace a George Steiner. Es un libro divertido en el que ambos polemizan duramente. Por ejemplo, cuando Spire le comenta: “veo en usted un elitismo absolutamente deplorable”. ¡Tiene razón! ¡Steiner, ese intelectual con ínfulas!

Steiner habla en ese libro sobre la novela. Opina que, hoy en día, las novelas no son los apasionantes instrumentos de antaño:

El acceso a lo más hermoso hoy día, lo más apasionante del pensamiento, oh catástrofe, no es la novela (¿qué vale la novela?, ¡ni hablemos!). No vivimos una alta época literaria sino una era científica. El noventa por ciento de los científicos de todos los tiempos viven hoy, mientras nosotros hablamos. Disponen de nuevas lenguas, lenguas que no necesitan traducción: las de las matemáticas.⁶

⁶ STEINER, 1999: 75.

Spire, su interlocutor, se enfada muchísimo:

¿En base a qué escala de valores puede usted afirmar que las matemáticas son más apasionantes hoy que la literatura? Conozco novelas que se escriben hoy en Francia, Portugal, Inglaterra, Estados Unidos, que me parecen lo más exquisito de la literatura (aunque no sean aún conocidas), y que valen a mi parecer todos los Joyce, Kafka, Proust de mañana...⁷

Steiner responde, implacable:

Nada le impide a su pasión -que es también la mía en mi calidad de crítico literario...-intentar leer todas esas novelas con la mayor de las alegrías, y hablar de ellas. Usted no vive en un medio de alta ciencia. Yo sí, ahí paso mi vida, en Cambridge. Nombraré tres problemas que en este momento son temas de discusión diríase que noche y día: la creación artificial de la vida, los agujeros negros (que son los límites del universo) según la teoría de Hawking y Penrose, y Crick (que descubrió el ADN con Watson) que dice: el ego cartesiano, la conciencia, es una neuroquímica que muy pronto conoceremos.

Comparadas con esto, no me guarde rencor, las novelas más extraordinarias y atinadas me parecen prehistóricas.⁸

⁷ STEINER, *op. cit.*: 76.

⁸ STEINER, *op. cit.*: 76, 77.

Solo en la Isla

José Abreu se quedó con sus padres y con la familia de su hermano Juan. Nunca les llamaron.

Sin embargo, aparecieron otras expectativas. Una hermana de Abreu había conseguido llegar a España y desde allí tramitó un visado para Abreu y sus padres. Mediante la embajada española en La Habana, todos consiguieron, en principio, permiso para salir del país.

Fue en 1982. Tenían que darse de baja de sus trabajos, de sus prestaciones, y además, las autoridades gubernamentales se encargaban de sellar la casa familiar. Era un viernes. Cuando estaban listos, apenas setenta y dos horas antes de tomar el avión el lunes siguiente, hacia Madrid, agentes de la seguridad del Estado se presentaron en el domicilio de los Abreu.

Hablan con José y le piden su pasaporte.

-Tú no te puedes ir.

José no daba crédito. Los agentes no ofrecían ninguna explicación, pero él no podía negarse a entregarles su pasaporte. Si se hubiera resistido, los agentes lo habrían detenido y todo

hubiera sido mucho peor. Cuando éstos se fueron, Abreu y sus padres empezaron a discutir:

-Vosotros tenéis que iros, tenéis que iros.

En *Dile adiós a la Virgen*, Abreu lo cuenta así:

Y después convencer a sus padres que lloraban sin comprender nada, para que escaparan, para que huyeran de aquel infierno, ahora que todavía podían. Un fin de semana de espanto, hasta que consiguió convencerlos, con ayuda de algunos vecinos, de que era lo mejor para todos. Que a él solo le sería más fácil escapar. Y después, siglos después, de regreso del aeropuerto, entrar en aquella casa inmensamente vacía, donde todavía el olor llenaba las losas y sobre la cama la bata de casa de su madre, un trapo de Miguelito, el jarro de su padre.⁹

Las autoridades ofrecieron a Abreu lo que éste irónicamente, llama “el Sermón de las Veinte Palabras”, ofrecido por un agente en la Oficina de Inmigración:

La Dirección de Inmigración y extranjería tiene la potestad de autorizar o denegar una salida sin dar explicaciones. Puede retirarse.¹⁰

¿Por qué se ensañaban con él?,¹¹ se pregunta Abreu en su novela, acerca de su personaje Octavio, cuyo episodio se inspira en su propia vida.

⁹ ABREU, 2003: 82.

¹⁰ ABREU, *op. cit.*: 83.

¹¹ ABREU, *op. cit.*: 83.

Yo tuve la oportunidad de preguntárselo personalmente a Abreu.

-¿Por qué le marginaron cuando estaba a punto de salir?

Eso es un gran misterio. Yo pienso que me castigaron en primer lugar por ser profesor. Profesor de matemáticas. Aunque el hecho de que seas profesor... eso siempre les molesta. En segundo lugar, quizás por ser escritor. Porque a pesar de que yo todavía no había publicado nunca en Cuba, estuve vinculado muy estrechamente a Reinaldo Arenas. Y cuando Reinaldo estaba huyendo de la policía, nosotros le ayudamos a esconderse en el Parque Lenin. Nunca lo pudieron probar, pero lo sospechaban. Recuerdo que nos interrogaba la policía en aquella época, pero nosotros no contábamos nada. A mi hermano Nicolás le dieron una paliza terrible.

El caso fue que hasta un año más tarde, Abreu no pudo salir de la Isla. Y cuando lo hizo, fue jugándose el todo por el todo, con una calculada mezcla de inspiración, decisión y picaresca. Se presentó en el mostrador de Iberia con sus papeles y el visado ya caducado. Así se lo hace saber una azafata:

-Su visa está vencida, señor.

Y entonces, Abreu le fue con un cuento a la azafata. Le contó que había hablado con el cónsul, que éste ya le había advertido de que podría haber alguna confusión con el visado, pero que no se preocupara.

Le contó que su visa era un modelo antiguo pero vigente, que en realidad no empezaba a caducar hasta los noventa días de pisar suelo español, le dijo que, si hubiese algún problema, él llamaría ahora al cónsul... Un cuento chino, un maldito cuento chino.

La azafata se llevó los papeles. Tardó un siglo en volver. Finalmente lo hizo, sonrió y dijo:

-Pase, por favor. Que tenga usted un buen viaje.

Armando y Rodolfo

Tras entrevistar a Abreu y a Luis de la Paz, me olvidé del trabajo y me fui a Naples, donde vivía mi amiga Lorraine. Allí pasé cinco o seis días, yendo a la playa, comiendo en algún restaurante del minúsculo centro de la ciudad y básicamente descansando.

Tomé nota nuevamente de la vida americana y seguía sin gustarme mucho: más y más urbanizaciones, casas con gente dentro, pero nadie por la calle: sólo coches. Si veías algún ser humano andando, siempre era un jardinero o algún vigilante al que no le quedaba más remedio que estar allí. Sólo en el pequeño downtown de Naples había algo de animación callejera, es decir, personas de carne y hueso paseando. Comprobé que la vida en USA podía ser muy triste, con familias bunkerizadas en sus cómodas mansiones, que seguramente ocultaban neurosis, monotonía e insatisfacción: también la sensación de que la vida se perdía... Lo veía un poco en la existencia de Lorraine, pero lo cierto es que mis referencias literarias y cinematográficas también contaban lo suyo: Cheever, Carver, Lorraine Moore... y películas como *American Beauty* y derivados.

Tan sólo dos días antes de partir de vuelta a España, volví Miami, para entrevistar a otros dos escritores de los que me

habían hablado Abreu y de la Paz. No eran exactamente marielitos, pero estaban un poco en la misma onda, es decir, artistas que se buscaban la vida en el exilio de Miami tras penosas experiencias en Cuba. Pasaron por situaciones parecidas y, en cierto modo, eran herederos directos de gente como Reinaldo y los hermanos Abreu.

Eran Armando de Armas y Rodolfo Martínez Sotomayor. Armando era indudablemente un individuo particular: sus grandes anillos en las manos, sus muy barrocas botas de piel de cocodrilo, su mirada entre turbia y juguetona... Parecía un tipo aventurero, superviviente de mil y una peripecias. Y era enormemente simpático y chistoso. Sin duda pasamos un buen rato en su compañía.

Rodolfo, por su parte, era algo más joven. Si Armando tendría unos cuarenta y pico, Rodolfo apenas contaría treinta y ocho años. Iba muy serio aquel primer día. Vestido con chaqueta y corbata, muy arreglado para la ocasión, parecía más bien un ejecutivo pudiente de origen hispano que un escritor en el exilio. De tez morena y ojos muy expresivos y concentrados, parecía transmitir una cálida inteligencia y una capacidad de análisis sorprendentemente certera.

Rodolfo nos habla de la generación del Mariel y nos cuenta que cuando surgen escritores como Reinaldo o los Abreu, que no habían publicado casi nada en Cuba, y empiezan a hablar de problemas reales, auténticos, no de "realismo socialista", sin obedecer consignas institucionales, mucha gente, en cierto modo, empieza a abrir los ojos. Es decir, se empieza a dar a conocer "el lado oscuro de la Revolución".

Nos dice Armando:

Si proclamas eso y denuncias la tiranía que te obligó a arriesgar tu vida para salir de un país donde no eras un hombre libre, te pones en una posición muy delicada: eres un ser incómodo, especialmente si te refieres a Cuba. Es decir, “lo que vende” es realizar unas determinadas críticas que obedecen a cuatro o cinco clichés establecidos por una concepción de lo que es la izquierda, principalmente europea. En Occidente se vive también cierto tipo de dictadura mediática que parece obligar incluso al rebelde a elegir unos determinados cauces y objetivos impuestos por lo políticamente correcto. Si te sales de ahí, eres incómodo.

Mientras me contaban todo esto, yo me acordaba de cómo se contemplan estos asuntos en mi país, España. Y la verdad es que aún hoy se justifican los “logros” de la Revolución cubana. El terreno en el que nos movemos todavía es resbaladizo.

Armando y Rodolfo, muy habladores, nos cuentan historias y anécdotas de todo tipo.

Como cuando Allen Ginsberg, el gran poeta de la Generación Beat, llega a La Habana en los primeros años de la Revolución, allá por 1960. Nada más aterrizar, en el aeropuerto, la prensa le pregunta qué es lo que más le llama la atención de Cuba y él, informalmente, contesta: “pues el Ché Guevara, que estoy loco por llevármelo a la cama”. Se armó un pequeño escándalo y, en apenas unas horas, Ginsberg fue expulsado de la Isla.

Me comentan que mientras hoy en día la figura del Ché sigue siendo admirada por jóvenes no muy bien informados e incluso apoyada por redacciones enteras de periódicos que se suponen bien informadas, se olvida que Guevara se comportó como un represor brutal, y no sólo por no tolerar las bromitas de un poeta homosexual. Hablan de los fusilamientos, claro.

Pero Rodolfo me continúa hablando de aquellos “hijos descarriados de la Revolución”:

Fidel Castro en una alocución que está grabada y que actualmente está prohibida en Cuba, hacía referencia hace ya muchos años a los que él denominaba “seres extravagantes”, a los que amenazaba con la dureza policial. Esos “seres extravagantes” eran, por supuesto, personas con el pelo largo, ropa moderna, camisas abiertas, y que parecían hippies u homosexuales. Luego vino la gran represión del Mariel.

La charla con Armando y Rodolfo fue más tranquila que la mantenida días antes con Abreu y de la Paz. Aunque todos fueron muy cordiales, no dejé de observar una diferencia importante entre las dos parejas de escritores: Armando y Rodolfo se mostraron como dos escritores que habían pasado problemas, que habían vivido vicisitudes de todo tipo y las habían solventado a tiempo. Para seguir luchando, con ilusión, con amor, con dedicación, aunque fuera en el exilio.

Sin embargo, en Abreu y de la Paz, palpitaba una herida que nunca se cerraría. Ellos no atravesaron “vicisitudes”. Ellos fueron perseguidos atrozmente, ellos fueron marginados con metódica brutalidad. Sus vidas estaban rotas para siempre. Y a mí me parecieron dos supervivientes.

Al día siguiente, Luis de la Paz me llevó en su coche a dar una vuelta panorámica por Miami, especialmente el downtown. Y luego tuvo la gentileza de acompañarme al aeropuerto.

Y, por segunda vez, le dije adiós a Miami.

*Se terminó de imprimir en España
en los talleres de Publiberia
en agosto de 2010.*

Testimonio, novela, relato, investigación, reportaje, biografía y crítica se mezclan en este libro osado, fresco y singular sobre las vivencias y penalidades de cuatro personajes de carne y hueso, los autores cubanos exiliados en Miami: José Abreu, Luis de la Paz, Armando de Armas y Rodolfo Martínez Sotomayor.

En épocas diferentes los cuatro escaparon de su patria en busca de una vida con, al menos, libertad. Libertad principalmente para escribir. En Miami, su lugar de destino, lo han conseguido, y desde allí cuentan sus historias de huida, de exilio, de desarraigo y de adaptación.

Como trasfondo, el éxodo del Mariel, fragmentos de sus obras, entrevistas, y el recuerdo constante de otros escritores como Reinaldo Arenas o Carlos Victoria. Finalmente, las dudas sobre el sentido y la necesidad de escribir, en un libro que va más allá del fenómeno de la creación en el exilio cubano y se pregunta por el significado de la literatura en estos tiempos...

Ramón Luque (Sevilla, 1968). Escritor y periodista. Doctor por la Universidad de Salamanca, es profesor de la Facultad de Comunicación de la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid. Ha ejercido como reportero en Antena 3 TV y es director de los largometrajes *El Proyecto Manhattan* y *Hollywood*, junto al realizador Juanjo Domínguez. Es autor de obras de ficción y de numerosos libros cinematográficos, entre los que destacan los dedicados a Woody Allen e Ingmar Bergman.

En 2008 fue acreedor de una beca del Ministerio de Educación español para entrevistar a los escritores cubanos en el exilio de Miami que aparecen en este libro.

Edición especial
#EnCasaconCasaCuba

ADVANA VIEJA